

**E**XISTEN en la historia del arte seres escogidos, cuya labor fué de consagración al par que de belleza, porque vivieron por y para su obra. Acendrarla, depurarla, enriquecerla —tal, su anhelo constante. Pero esa devoción tan honda se manifiesta de modos varios, según los temperamentos. En unos es atmósfera de clausura, que en cierta forma les aísla del contacto exterior. En otros, comunión de sensibilidad, que busca almas receptivas en quienes expandirse. Todavía los hay—y ese es el menor número—que imprimen a sus funciones artísticas,

# Ana Otero Hernández

(1861–1905)

por

Eugenio Astol

día. Allí para el año 1881 o el 82 estuvo en Humacao una compa- siempre ejercen en un niño el trato y las maneras de una personalidad

te de edad reglamentario para el ingreso; no obstante, dadas sus grandes condiciones como pianista, el cuerpo de profesores resolvió que concurriera a las clases con el carácter de alumna especial, pero sin derecho a tomar parte en los concursos para la adjudicación de premios. Así, Ana comenzó a estudiar Armonía y Composición en la clase del profesor Todou y en la de su colega Tissot, a recibir lecciones de piano. Ya antes había mostrado su capacidad, brillantemente, en un concurso que tuvo lugar con motivo de la apertura de las clases, y de ahí,

# SAGRADO

Universidad del Sagrado Corazón

# NOTA

**El documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en el Área de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.**

lio de 1861, tuvo la suerte de agitarse desde sus más tiernos años en el ambiente más propicio para el desenvolvimiento de sus facultades, atendida por cariñosos mentores. Fue su padre don Ignacio Otero, profesor de música y piano —figura sobresaliente por ese concepto en la

extendía sus cuidados a los pajarillos que anidaban en torno, protegiéndolos celosamente contra la inconsciente persecución de la muchachera del barrio. Uno de sus deseos, insatisfecho aún, era poseer una fuente en su jardín, con flores acuáticas, que sirviera de albergue a pe-

sario hasta terminar los estudios.

Su primer concierto lo dió Ana en el pueblo natal, con el más liosonjero éxito, y de allí emprendió su *tournee* por las principales poblaciones del país; cada audición un triunfo. Tocaba piezas de lo más selecto y moderno en aquella época, recibien-

y dió audiciones en Nueva York, Boston y Filadelfia. Terminado su programa de conciertos se estableció en Nueva York como profesora de piano y cuando ya empezaba a tener una buena clientela, en 1894 tuvo que regresar a la Isla por hallarse su padre gravemente enfermo.